
CAPITULO IX.

LA CRISIS SUPREMA.

Por fin el Cuerpo Legislativo se abría y el Imperio se preparaba á una trasformación. Estas trasformaciones eran decisivas; inauguraban una nueva época y traían consigo las inevitables consecuencias de agitaciones profundísimas. Los antiguos imperialistas se dolían profundamente de que el poder personal se acabara, de que se extinguiera el Cesarismo y de que se abriese la mano con largueza para dejar caer sobre el pueblo promesas no bien meditadas de una inmerecida libertad.

Por fin, á los últimos días de Noviembre de 1869, celebró su sesión de apertura el Cuerpo Legislativo. Minuciosidades diminutísimas, detalles á primera vista insignificantes, señalaban bien claramente el cambio radical en aquellas instituciones implantadas ya por el trascurso de largos años en las costumbres. El sitio de la apertura era el mismo; un gran salon de los palacios inmensos del Louvre, cercano á las Tullerías y á los Museos, dando sobre la histórica plaza del Carroussel en que cayó la dinastía legítima; salon, que se llenaba, se henchía de curiosos, de senadores, de

diputados, como para mostrar en estas ceremonias aparatosas el carácter particularísimo al cesarismo, puesto que el jefe del Estado no iba en persona á casa de los representantes del pueblo sino los representantes del pueblo iban á casa del jefe del Estado. Fuera de esto, los individuos de las dos Cámaras vestían ya de negro si les agradaba, no siendo el uniforme como antes necesario; y el diputado de más edad presidía la sesión imperial como en los tiempos de Luis Felipe, mostrando que la facultad de designar el Presidente había pasado del Emperador á la Cámara. Algunos rasgos caracterizaron la ceremonia. El público, apostado á la puerta, en aquella inmensa plaza donde se junta el Louvre y las Tullerías, patio del palacio, no más bello, pero sí más grande quizá de todo el mundo, silbó á los asistentes que iban de uniforme, como para indicar el poco respeto que le inspiraban los funcionarios del Imperio y su temible policía; mientras el Emperador, al leerse la lista de los diputados, y llegar al nombre de Rochefort,

se echó á reír, comunicó su risa al príncipe imperial, este al Senado y al Congreso, el Senado y el Congreso al público, y todos se divirtieron con tal accidente, como diz que en los supremos trances de los Imperios babilónicos, según las leyendas asiáticas, se divertían los Baltasares y los Sardanápalos, cuando el incendio se derramaba ya por los inmensos palacios, y llegaba á sus divinas personas, próximas á convertirse en miserable puñado de cenizas.

El discurso de apertura fué quizá el más frío y el ménos interesante de cuantos había leído ó pronunciado Napoleón III en su larga práctica de pronunciar y de leer discursos imperiales. No se limitaba en las aperturas solemnes el Emperador á esas especies de índices que los reyes constitucionales leen, por pura fórmula, de los negocios tratados y de los negocios por tratar; habiéndole como suprimido el habla á su patria; habiendo tomado la palabra, cual la acción, para sí, en lugar de dejárselas á Francia; sus discursos eran de largas dimensiones, de abundante lenguaje, de pretenciosa ciencia; encerrando programas de política internacional que imponer al mundo; lecciones de filosofía práctica que enseñar á los pueblos; propósitos de paz perpetua y de anfitrión europeo con que deslumbrar á los utopistas; resoluciones firmes de aplastar la hidra revolucionaria con que mantener á su lado los conservadores; ora una amenaza como aquella que trajo el rompimiento con Austria y la guerra de Italia, ora una locura como aquella siniestra y sangrienta, verdadero sueño de Lady Macbeth en delirio, la expedición á Mejico. *El Times* llamaba al César el primer orador de Europa, elogio no muy lisonjero, si se atiende á la sequedad de todos los discursos oficiales, y entre todos, á la sequedad de los discursos ingleses. Pero si no era el primer orador oficial de Europa, era el que más profundas emociones causaba, porque en otras partes, solía ser un discurso de esta

importancia eco del pensamiento popular y en Francia solo era eco del pensamiento imperial. Europa entera, el mundo civilizado, los reyes en sus tronos, los ejércitos en sus cuarteles, el agricultor al pié de su arado, el negociante sobre su mostrador tenían que aplicar el oído á este discurso, escucharlo con atención y detenimiento, arreglar á él sus proyectos y sus cuentas porque aun llevaba en sus vagas frases tranquilidad ó perturbación á toda la tierra. Luego Napoleón III no fué jamás un político práctico; fué un soñador alemán, proponiendo planes irrealizables, idilios increíbles, que muchas veces ¡ay! se escribían con sangre, como el idilio de un Papa-rey en medio de la Italia unificada y libre. Así sus discursos no siempre eran bellos, y mucho ménos profundos, pero siempre eran originales y extraños.

La forma literaria de la elucubración imperial también señalaba en algo las transformaciones políticas. No era la seca oración de los reyes constitucionales, pero por sus pretensiones literarias, por sus frases retóricas veíase que entraba en ella la idea del gran responsable de la política iniciada, del gran conciliador entre el Imperio y la libertad; de Emilio Ollivier, desciñéndose el Emperador de su personalidad casi absoluta para disiparla en el seno de una personalidad parlamentaria. El discurso no podía gloriarse, como en otro tiempo, de empresas políticas; y hablaba en lenguaje poético de empresas industriales; del canal de Suez que debía restituir al Mediterráneo su antiguo esplendor; de los túneles gigantescos que debían juntar por líneas férreas la Francia y la Italia. Nada, pues, de contener las ambiciones moscovitas; nada de identificar en los mismos intereses á las dos más poderosas naciones de Occidente; nada de romper las pesadas cadenas del pueblo italiano y derribar el gigantesco Goliath llamado Imperio austriaco; nada de ir, aprovechando las divisiones del pueblo americano, al Nuevo Mundo para contrastar

la invasión de la raza anglo-sajona y contribuir al progreso de la raza hispano-latina: todos estos proyectos de otros tiempos, todos estos ensueños de otros días, en que brillaba el Emperador como árbitro de Europa, desvanecíanse tristemente en profundos desengaños y en lamentables derrotas. Lo único que el Emperador encontraba en política bastante grande para exaltar aquel período, era una obra á la cual opusiera todo género de obstáculos, era la emancipación de los esclavos, concluida, coronada en la epopeya de la guerra americana; á pesar de las asechanzas bonapartistas sumadas con las asechanzas británicas. La única promesa que daba, era la más rudimentaria en los más sencillos gobiernos; promesa de agente de policía y no de divino César; la promesa de conservar el orden. Dicho esto, sus vagos ojos se levantaban á contemplar el ideal; y sus pálidos labios murmuraban esta frase angustiosa: «ayudadme, señores, ayudadme á salvar la libertad.»

¡Salvar la libertad! ¿Quién la había herido sino el Imperio? ¿Quién la había enterrado sino el Emperador? Repetíase en este momento una tristísima escena de las últimas páginas de la antigua historia. Cuando el mundo romano se moría, y su grandeza se disipaba, y sus vastísimos dominios se deshacían, y por las orillas del Rhin y del Danubio entraban á sangre y fuego las hordas germánicas; en aquella caliginosa noche del espíritu humano, en aquel delirio de lágrimas parecido al desquiciamiento del planeta, como si el cielo se hubiera caído, ó el Océano volcado sobre la tierra; los Césares, en su agonía y en su angustia, en el supremo estertor, á fin de que los pueblos se despertaran y se defendieran, gritaban *libertad*; y los pueblos embrutecidos por cinco siglos de horrible despotismo, no comprendían ni el sentido siquiera de aquella maravillosa palabra, que diera su virtud á Roma, su inspiración á Grecia, su luz á la conciencia del mun-

do antiguo, su vida y su grandeza á la filosofía y á las artes. En nuestro tiempo no sucedía eso; en nuestro tiempo los pueblos alcanzan todo el valor y comprenden todo el significado de la palabra libertad; mas por lo mismo que alcanzan todo el valor y comprenden todo el significado de esa palabra; por lo mismo que la sienten, y la aman, y la adoran, y combaten, y mueren por ella, viéndola circular al través de sus artes, de sus ciencias, de su industria, como la savia al través de los árboles, como la luz al través de los mundos; no creen que puedan deberla á la arbitrariedad de un hombre, que puedan recibirla del poder de un César, sino de Dios y de su derecho. La invocación á la libertad era pura y simplemente el suicidio, la muerte del Imperio.

Otra de las novedades que en aquellos días privaba: la transformación del Senado. Durante todo el Imperio, esta alta Cámara se encerraba lejos de la vista del público, en sus espléndidos salones del palacio Luxemburgo. Pocos monumentos habrá en el mundo que tengan la dramática historia de este magnífico monumento. A primera vista, se descubre el génio del Renacimiento; el influjo de los Médicis sobre esta grandiosa época; y el influjo de esta grandiosa época sobre el génio francés y sobre las artes francesas. No digamos que tiene este monumento, ni aun de lejos, la majestad ciclópea del palacio Pitti, ni la sublime austeridad de los edificios toscanos que en Siena y en Florencia encantan la vista y elevan el ánimo. Pero tiene indudablemente en la graciosa disposición de sus moles y en la esbeltez de sus columnas, algo de esa armonía arquitectural en que se revela y centellea el génio artístico de la inspirada Italia. Y á los encantos artísticos se superponen allí los recuerdos históricos. En él pasó, bajo sus bóvedas, los últimos días de su vida, viuda del grande Enrique IV, abandonada del débil Luis XIII, María de Médicis, la Florentina que inspiró tantos cuadros á

Rubens, y que ha quedado, á pesar de su origen y de su raza, en los resplandores del Arte, más como una figura flamenca, que como una figura italiana; y en los recuerdos de la historia, más como una prisionera desgraciadísima, que como una poderosa princesa. Allí armó gran parte de sus conspiraciones la duquesa de Montpensier, la célebre heroína de las revoluciones de la Fronza, y se dió á sus escandalosas orgías la duquesa de Berry, la célebre Pasifae de las cenas del Regente. Una noche, el Luxemburgo presencié sublime y luctuosa escena. Varios jóvenes y algun que otro hombre maduro, cenaban severa y tristemente á la luz de algunas raras bugías, mientras por las calles circunvecinas paseaba sus cóleras de venganza y sus funerarias antorchas de muerte, la revolución triunfante. Uno de aquellos hombres, el más jóven quizá, y sino el más jóven el más inspirado, el más elocuente, hablaba con voz serena y estáticos ojos, cual si el pensamiento se absorbiera ya en la eternidad, y la palabra bajara de otros mundos, en lenguaje digno de Platon por su elocuencia y por su idealismo, de las sublimes tristezas de la muerte y de las consoladoras esperanzas de la inmortalidad, prestando un último homenaje á las dos ideas que son como los dos polos del Universo material y moral, á la idea de la libertad en la tierra, á la idea de Dios en el cielo. La luz del dia, que penetraba por las ventanas, venia á iluminar la última noche de los Girondinos, su última cena, y el primer dia de su gloria, de su comunidad santísima con la humanidad. Cuando el agente de los tribunales revolucionarios les anunció que era llegado el momento supremo, bajaron las escaleras del Luxemburgo, como si fueran á una tranquila religiosa ceremonia; y subieron las escaleras de la guillotina, como si subieran las gradas de un altar. Aquella legion de hombres ilustres, que había vivido sosteniendo en la tribuna el ideal de la libertad, murió cantando en el cadalso el himno

de la República, semejantes á los coros de los divinos héroes de la antigua Grecia, dignos de ser trasmitidos á la posteridad por el cincel de Fidias, y loados por la lengua de Demóstenes, y ceñidos de laureles por las manos de los discípulos de Sócrates y de Platon, y cantados por las liras de Tirteo y de Pindaro. Así es que en aquel tremendo dia, último desenlace de esta tremenda tragedia; cuando Robespierre se presentó á las puertas del Luxemburgo, el carcelero no quiso recibirlo, sin duda para que la sombra del verdugo implacable, caído en la máquina que alimentara su orgullo y su soberbia, no se confundiera con la sombra de sus víctimas, en aquel momento de merecida expiación, que prueba la inmanencia de la justicia en la historia. Luego, cuando estos dias trágicos pasaron, y vino el epicúreo Directorio, la prision volvió á ser palacio; y las cenas y las orgías de los tiempos del Regente, se reprodujeron y se agravaron en esta sensual agonía de la primera República, que, al decapitar todas las ideas, dejó libre y ancho espacio á todos los apetitos. Aquí, en este palacio de tan varios destinos, continuando las tradiciones del Regente y del Directorio, se albergaba el mudo y grotesco Senado del Imperio, recluido en las sombras durante largos años, y ahora; al acercarse las postrimerias, patente al público, cual si todo se abriera y manifestara para el Final Juicio de aquel podrido y canceroso despotismo.

El público iba, más que para oír á los senadores, para ver aquel salon, compuesto de dos hemiciclos; ornado con las estatuas de San Luis y de Carlomagno, con frescos que recuerdan antiguos hechos de los estamentos feudales; resplandeciente todo él de estucos y de dorados, propios del vulgarísimo gusto napoleónico, espléndido y rico si se quiere, pero pobre de invencion y de arte. Mr. Rohuer esplayó allí en discurso de pretensiones literarias su gastada elocuencia ministerial. Reducíanse los discursos presidenciales en las

aperturas del Senado á meros cumplidos políticos, y al elogio de los senadores muertos en el interregno parlamentario. Durante el último había fallecido uno de los primeros ingenios de Francia, Mr. de Sainte-Beuve, íntimo amigo y comensal asiduo del príncipe Napoleon. La figura de Sainte-Beuve se despegaba por completo de aquel imbécil Senado. Liberal convencido, libre pensador constante, filósofo de escasas ideas, pero de profundo apego á la libertad de la conciencia, antiguo romántico, partidario de las reformas revolucionarias, literato consumado, discípulo y maestro en las nuevas escuelas, sus grandes talentos enamorados del siglo décimo-octavo se habían complacido en historiar á los jansenistas preparadores de la revolución y en estudiar con la profundidad de un fisiólogo y con la paciencia de un anatómico los escritores, los artistas, los poetas, los tribunos más ilustres de su nacion y de su tiempo. En el Senado, Sainte-Beuve se levantaba siempre á defender el derecho de estas conciencias henchidas con las promesas de lo porvenir á manifestarse públicamente; y á la hora de su muerte declaró que no consentía la presencia en su entierro de ningun sacerdote. Rohuer se encontró en grave apuro. Alabar las obras de Sainte-Beuve le era imposible, puesto que no había tenido ni el tiempo indispensable para estudiarlas ni el gusto literario para comprenderlas. Alabar su vida le era imposible también, por lo mismo que aquella vida se consagró á la más perseguida y más calumniada de todas las libertades, á la libertad de pensar. Y no digamos nada de las disposiciones con que recibiera y aceptara la muerte, de aquellas disposiciones á prescindir de todos los cultos, calificadas por Rohuer de insigne temeridad. Lo único que había de notable en el discurso del presidente era una vulgarísima superstición de la escuela neo-católica, la cual, teniendo Estados, gobiernos, presupuestos y hasta ejércitos, llama á los filósofos intolerantes, no porque persigan sus dogmas,

sino porque los combaten. Parecía imposible que semejante vulgaridad se abriese paso hasta llegar á las cimas de las Cámaras francesas.

El interés político se concentraba todo entero en el Cuerpo originario del sufragio universal, en el Cuerpo Legislativo. La oposición republicana trató, como era natural, de enderezar con su actividad los entuertos cometidos por sus impremeditaciones. Julio Favre interpeló al gobierno sobre la conducta de las autoridades y agentes de orden público, sobre el mantenimiento de las candidaturas oficiales, sobre la represión ilegal y violenta de las agitaciones obreras, sobre el retraso en la reunion de la Cámara, completando esta obra de política práctica con un proyecto de política teórica que afirmaba una vez más el principio de la soberanía popular y reivindicaba el poder constituyente para los elegidos del pueblo. Raspail, que no firmó el manifiesto de la izquierda, ni quiso asistir á sus reuniones, picóse de celos al ver la actividad de sus rivales, y presentó una proposición de palabra, sin atenerse á ninguna fórmula reglamentaria y por consecuencia sin aspirar á ningun efecto político, demandando la acusación y el castigo de los ministros.

Las elecciones para los cargos de la mesa alcanzaron la importancia que jamás tuvieron durante la época de la verdadera dictadura imperial. La oposición presentó entre otros nombres el significativo y célebre de Grevy, que recordaba implacable oposición al Imperio, antes de su terrible nacimiento; y el nombre de Grevy reunió un número de votos verdaderamente amenazador á la estabilidad y al afianzamiento de las instituciones imperiales. La organización del Cuerpo Legislativo en secciones se verificó sin graves dificultades; y solo Emilio Ollivier trajo extraña perturbación, pronunciando recalentado discurso sobre los injustificables cambios de su política, y persistiendo en declararse consecuen- te, despues de haber cometido todo género